

Anthony Giddens y Will Hutton (eds.), *En el límite. La vida en el capitalismo global*, Barcelona, Tusquets Editores, 2001, 324 pp.

Hoy, a principios del siglo XXI, al asumir que el ser humano ya no es guiado por una racionalidad providencial que lo conduce a la perfección final, como lo sostuvo la idea lineal de progreso de la historicidad unidireccional, es factible observar, con la mirada escéptica del indagador, que las contradicciones del capitalismo se agudizan. El mundo de las evidencias muestra los signos ocultos del sistema actual, como la pobreza extrema, la desigualdad, la insatisfacción y la intolerancia. En tal sentido, pareciera que la especie humana regresa al nomadismo. Esta vez, sin embargo, no se queda en los satisfactores primarios, sino que emprende la búsqueda de una nueva certidumbre.

*En el límite. La vida en el capitalismo global* contribuye a esta nueva búsqueda que, en medio de la racionalidad tecnológica e instrumental que caracteriza a nuestros tiempos, manifiesta la necesidad de una reasignación de responsabilidades, una redimensión de poderes y el hallazgo de nuevas identidades colectivas. El texto tiene la intención de contribuir a la creación de una conciencia ética global, por lo que es audaz en apuntar que la identidad del ser humano del siglo XXI no tiene por qué ser una identidad plástica, en donde las funciones vitales sean reducidas a circuitos de cómputo.

En medio del fundamentalismo económico que presenciamos, en donde al parecer las ventajas y la adaptabilidad sistémica son justificación suficiente para negar y eliminar las diferencias, nada puede garantizar el bienestar. Esta obra tras-

ciende esa frontera y se permite alertar al lector o lectora que pone en duda la capacidad de cambio histórico de la sociedad, lo cual no evade, no exonera de la responsabilidad de cada individuo con el futuro.

La obra reúne a un puñado de los más connotados estudiosos y críticos de la globalización y el nuevo orden. Se divide en 12 ensayos bajo las firmas de Giddens, Hutton, Soros, Ulrich Beck, entre otros, que despiertan de inmediato el apetito del lector.

En el primer ensayo, Anthony Giddens y Will Hutton emprenden un ejercicio muy peculiar. Por medio del diálogo, entablan un debate amplio sobre lo que cada uno entiende por la globalización, sus manifestaciones, indicadores, principios y tendencias. El cuestionamiento mutuo trasciende la frontera entre izquierda o derecha, entre conservador y liberal, entre globalifobia y globalifilia.

Se trata, simplemente, de un debate cuya conclusión se argumenta en forma complementaria, lo que permite que el lector se cree una idea propia de los principales fenómenos que nos rodean.

Así, desde mi punto de vista, el resguardo del concepto globalización obedece a la banalización del deseo y la constante generacional de creer que los grandes cambios que rompen con todas las estructuras precedentes se registran justo en el momento que se vive. Ciertamente, hay cambios en materia de ciencia, tecnología e informática muy acelerados, en materia de comunicaciones, genética y producción, además, por supuesto, de la existencia de las gigantescas compañías mundiales. No obstante, reducir todo a la palabra globalización denota simplificación e incertidumbre.

Para Giddens, el mundo está realmente cambiando debido a cuatro sucesos:

1. La revolución en las comunicaciones.
2. El arribo de una economía intangible basada en transacciones instantáneas y flujos de capital nunca antes pensados.
3. La caída del comunismo soviético y, por ende, del proyecto distinto.
4. Las transformaciones en la vida cotidiana como, por ejemplo, en los gustos, en la noción de igualdad entre hombres y mujeres, entre otros múltiples aspectos.

Sin embargo, para Hutton, el cambio que anuncia Giddens es sólo sentido común. El único argumento válido es la caída del comunismo, suceso que permite la presencia de un capitalismo más agresivo, y el hecho de sentir que el cambio es irresistible, mundial e irrefrenable. Antes, el capitalismo estaba obligado a mostrar un rostro más humano; hoy, libre de todo obstáculo, tiene la oportunidad de retroceder a sus orígenes fundamentalistas.

A primera vista, el diálogo confirma la existencia de dos posturas que se enfrentan: la que supone la continuidad de las estructuras y la decadencia sistemática, y la que presume un cambio. Esta última, según Giddens, es una postura más ingenua.

“Tecnología de la información y capitalismo global” es el título del ensayo de Manuel Castells, quien se sumerge en la dimensión de la nueva economía-mundo, la versatilidad capitalista, desde donde lanza una advertencia sobre la multiplicación exponencial de la productividad y la competencia. El núcleo de su argumento parece colocarse en el desarrollo científico y tecnológico, que permite concentrar el crecimiento en la información y sus recursos, tanto en precio como en ganancia, de la nueva dinámica de intercambios. No obstante su éxito aparente, para Castells, el *infocapitalismo* es insostenible por la implosión de los mercados financieros mundiales, por el es-

tancamiento de la demanda en comparación con la capacidad productiva existente, y por el rechazo político, social y cultural a la conversión del hombre en un autómatas.

A continuación, Paul A. Volcker y George Soros concentran su análisis, respectivamente, en la dinámica actual de los mercados financieros mundiales, mismos que, a decir de Volcker, han contribuido al crecimiento de muchas economías. Sin embargo, las recientes crisis en Asia, México o Sudamérica son claros testimonios de que su volatilidad puede aniquilar las instituciones y estructuras de los mercados nacionales. Al respecto, Soros asegura que dichas crisis manifestaron las debilidades estructurales del capitalismo y sus instituciones financieras (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial), por lo que hace un llamado a la necesidad de una nueva arquitectura financiera mundial que reforme y, de ser posible, regule la economía financiera.

Jeff Faux y Larry Mishel exponen una contradicción muy visible del sistema imperante en “La desigualdad y la economía mundial”. Se trata de la distribución desigual de la riqueza. Avalados por un análisis estadístico de las cifras dadas a conocer por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, aseguran que la liberalización de los mercados financieros y de bienes ha enriquecido, como nunca, a la clase dominante, hoy plagada de inversionistas y empresarios especuladores. Por ello, el argumento moral de la liberalización como instrumento para la rápida redistribución de la riqueza sólo tiene una connotación negativa. Después de analizar con detalle el crecimiento y la desigualdad en México, los autores se entusiasman explicando cómo, en los últimos años, la elite política se ha visto obligada a aceptar tal situación.

“El mundo en el límite”, ensayo de Vandana Shiva, alude a la escasa resistencia de nuestro planeta a las amenazas de una crisis ambiental. Advierte sobre la globalización de presiones

ambientales y la producción deliberada de ignorancia en cuanto a los generadores y la dimensión de los peligros ecológicos. Shiva se lamenta, sobre todo, de la desregulación existente en materia de protección ambiental tanto en el mundo desarrollado como en vías de serlo.

Por su parte, Arlie Russell Hochschild presenta un estudio muy novedoso sobre las modificaciones en las cadenas de afecto producto de la globalización en su ámbito sociocultural. Muy en especial se refiere a la *globalización de la maternidad*. El supuesto primordial de este estudio es la idea de que el capitalismo global influye en todos los ámbitos y los modifica.

Robert Kuttner, con la crítica que le caracteriza, se traslada al debate sobre el papel de los gobiernos en la economía global. Al respecto, asegura que las grandes empresas, además de ser los centros de acumulación del poder económico y financiero, son las abanderadas de la nueva ideología dominante reducida al *laissez-faire*. El posicionamiento, alcance y generación de líneas políticas e intelectuales de estas empresas crece continuamente a costa del Estado. Para Kuttner, el problema estriba en que el éxito económico alcanzado por estas compañías se considera una prueba irrefutable de que su noción del mundo es la correcta.

A su vez, Ulrich Beck se concentra en el proceso de individuación que caracteriza al fenómeno global. En tal sentido, dice adiós al sentimiento de comunidad, pero anuncia que la lucha diaria por la vida propia puede considerarse ahora como la experiencia colectiva. Además, el autor describe la negación del individuo global a las normas y a las reglas, así como la negación al orden social tradicional. Dichos procesos, a decir de Beck, erosionan las condiciones para alcanzar consensos políticos, mismos que hasta hoy han dado lugar a la acción política colectiva, ante lo cual deberán gestarse nuevas formas de participación y acción.

En una línea similar a la de Ulrich Beck, Richard Sennett y Polly Toynbee observan lo relativo a la cultura en el escenario global. Sennett desmiente la idea tradicional de identidad en el contexto global de las ciudades cosmopolitas, y expone la necesidad de reconocerse a sí mismo para escapar de la indiferencia de la economía global. Toynbee, por su parte, hace un ensayo sobre la globalización cultural como sinónimo de occidentalización y hasta americanización. De hecho, se convierte en portavoz del pánico cultural que aqueja a los individuos que no quieren ser usurpados de sus valores y conductas tradicionales. Para el autor, el imperialismo cultural de Occidente llega hasta los corazones, la sexualidad, la política, la religión y la identidad. Occidente difunde, como principio de la globalización, la universalidad de los derechos humanos. Sin embargo, el hombre globalizado no tiene derecho a vivir como quiere.

Giddens y Hutton concluyen con un ensayo que recupera aspectos específicos de los temas y las propuestas abordados por los autores. Así, se refieren al capitalismo actual como el sistema ubicado en el límite, lo cual les permite coincidir en que se trata de un sistema precario, con múltiples deficiencias que lo hacen potencialmente peligroso. El individuo resulta, por ende, más vulnerable. Por ello, ante un panorama que no presenta plan alternativo alguno, los autores sostienen que hay que aprovechar la versatilidad del sistema imperante para modificarlo y mejorarlo.

En general, se trata de una publicación oportuna, que emplea un lenguaje claro y asequible. Una obra, en suma, de gran calidad académica, pero, sobre todo, multidisciplinaria y heterogénea. A pesar de ser recomendable y muy justificada, considero que la crítica podría apuntarse en el sentido de que sólo se debate sobre las tendencias de lo que, “por lo menos, pasa en el mundo industrializado”.

No obstante, si se habla de un capitalismo global, cabría asimismo preguntarse cuántos países son industrializados, cuántos seres humanos tienen acceso a los sorprendentes avances en las comunicaciones, y cuántos seres humanos ejercen con plenitud sus derechos y libertades.

De no encontrarse las respuestas, creo que vale la pena replantearse la problemática global en dos latitudes: pobres y ricos. Tal parece que los llamados “pueblos sin historia” únicamente se librarán del anonimato bajo los cánones *trabajo y progreso*, del mundo occidental desarrollado. Paradójicamente, ello los conducirá a la misma incertidumbre, al mismo destino que aqueja a Occidente: la duda.

Para hablar del siglo XXI, habrá que citarnos a nosotros mismos. A la hora de la historia, somos nosotros quienes debemos estar para detentar el horizonte más próximo, que sólo puede ser bien en el sentido de continuidad, bien en el de cambio.

*Isaac Morales*